

DEL PUÑAL A LA ESPADA:
UNA LECTURA SIMBÓLICA EN LA LITERATURA DE JORGE LUIS BORGES

FROM THE PONIARD TO THE SWORD:
A SYMBOLIC READING IN THE LITERATURE OF JORGE LUIS BORGES

Víctor Manuel ESQUIVEL ALVA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO | Ciudad de México, México

Contacto: donmanuelesquivel@gmail.com

Resumen

El presente artículo aborda un análisis de los motivos literarios representados por las armas blancas en los libros *El Aleph*, *Ficciones* y *El informe de Brodie* de Jorge Luis Borges. Demuestra que aparecen de manera recurrente en la obra de Borges, desde sus relatos de atmósfera culta, hasta sus cuentos de cuchilleros, asociados con una persistente fascinación por la muerte en todas sus manifestaciones, a menudo violentas. Dada esta naturaleza violenta, estos referentes implican todo un paradigma de objetos, situaciones y motivos particulares y pertinazmente repetidos en el discurso, incluso como temas principales del mismo, rebasando con ello su categoría de meros objetos presentes en la vida misma para constituirse en signos de segundo grado. Al ser simbólicamente antagonistas del monstruo pero, al mismo tiempo, también el propio monstruo, poseen un valor ambiguo, positivo o negativo que se transmite a su poseedor, dependiendo de su tipología y el contexto en que se insertan. Armas distintas caracterizan personajes específicos, desde el héroe, el santo y el semidiós, hasta el monstruo encarnado en el poder militar y la traición, pero siempre orientadas en la dirección de la venganza, el martirio y el sacrificio como formas dinámicas organizadoras de paradigmas enteros de signos. La comprensión de dichos signos, bajo esta perspectiva, permite advertir una serie de significados profundos en la relectura de estas obras.

Abstract

This article analyzes the literary motifs represented by cold weapons in Jorge Luis Borges' *The Aleph*, *Fictions*, and *Doctor Brodie's Report*, showing that these weapons repeatedly appear in Borges' work, from his stories of refined atmosphere to his tales of knives, which share an inherent fascination for death in all its often-violent manifestations and convey a whole paradigm of objects, situations, and very particular and recurring motifs in the discourse and as central themes. Thereby, these objects exceed the category of simple first-degree signs, objects present in everyday life, and become second-degree symbols since they exist to fight the monster while also representing it. Cold weapons have an ambiguous (positive or negative) value transmitted to their owner depending on their type and the context. Different weapons characterize specific characters: from the hero, the saint, and the demigod, to the monster embodied in military power and betrayal, but always oriented towards revenge, martyrdom, and sacrifice as dynamic ways of organizing entire paradigms of signs. Understanding this perspective allows readers to notice deeper meanings when rereading these works, providing a broader horizon of understanding.

Palabras clave: Jorge Luis Borges; cuento; simbolismo; simbolismo en la literatura; personajes literarios

Keywords: Jorge Luis Borges; short story; symbolism; symbolism in literature; characters and characteristics in literature

En el año 2001, Aurelio González publicó un artículo titulado “El caballo y la pistola: Motivos del corrido” en el cual, tras una larga reflexión, señala que la montura y el arma son términos de uso muy redundante dentro del corrido mexicano, semejante al caso de *sombreros*, *cerros*, *botellas* y otros que aparecen de forma recurrente dentro de la literatura del ámbito rural de habla hispana y, particularmente, de México. Sin embargo, al realizar un análisis semiótico más profundo, se observa que, en determinados momentos, dichos significantes abandonaban su condición de meros referentes inmediatos y adquieren una profundidad y una dimensión muy distintas de las que poseen otros signos lingüísticos similares. Así, concluye González (2001), éstos se convierten en “motivos multifuncionales” (97), pues mientras que el caballo termina por simbolizar “la guerra y el valor, fuerza impulsiva e imaginativa [...] representación del hombre de campo protagonista del corrido” (94), la pistola termina siendo “el arma más personal del rebelde o del hombre de valor, moderno sustituto de la espada, símbolo del poder y del arrojo y también del machismo y de la prepotencia” (97).

A la luz de estas conclusiones, cabe cuestionarse si todas las armas que aparecen de manera recurrente en un paradigma textual dado podrían adquirir significaciones semejantes o, para formular las preguntas problema formalmente, *¿por qué, en el contexto de un corpus específico y determinado, una serie de significantes aparece refiriendo iteradamente elementos bélicos?* Y, más aún, *¿las armas que aparecen de forma repetida son meros signos de primer grado?* Es decir, *¿no representan más que a los objetos presentes en la vida misma, o son signos en segundo grado, a saber, símbolos, según Kowzan (1997)?* Y, si es así, *¿símbolos de qué?*

A priori, pareciera que estos referentes se constituyen efectivamente en símbolos, arrojando significados específicos dentro de cada conjunto coherente de textos enlazados por un factor común consistente, como podría ser la autoría. Esta hipótesis requiere ser corroborada o descartada a través de un estudio enfocado intencionalmente sobre un corpus específico, labor de la que se ocupará el presente trabajo, en concreto, sobre los relatos contenidos en una batería de títulos de la obra narrativa de Jorge Luis Borges. Basta echar un vistazo a los motivos y situaciones que Borges

utiliza reiteradamente a lo largo de su trabajo para notar una cierta predilección por los acontecimientos fatales en general y, dentro de éstos, por los hechos bélicos y sangrientos en particular: asesinatos, crímenes de todo tipo, batallas famosas y duelos han sido temas recurrentes en su literatura, ya como representante de la vanguardia y el cosmopolitismo, ya como rescatador de temas y motivos tradicionales de la literatura popular argentina. Desde sus relatos de atmósfera culta, hasta sus cuentos de cuchilleros, es evidente la fascinación por la muerte que profesa Borges en todas sus manifestaciones, a menudo violentas. Cabe hacer notar que la naturaleza de la violencia, en este contexto, implica todo un paradigma de objetos, situaciones y motivos muy particulares, y que le es inmanente, por lo que es inevitable que éste se inserte con enorme frecuencia en su discurso. Así, no es raro encontrar en estos textos la mención de las armas, ya sea una espada, un sable, una daga o un cuchillo, como motivos recurrentes dentro de sus obras y, aun, como temas principales de las mismas.

Como hemos señalado, con frecuencia la mención de un arma en un texto literario (y Borges no es una excepción) no agota su significado en el mero signo lingüístico y su referente, sino que termina convirtiéndose, por su propia naturaleza, en verdadero signo trascendental. En cuanto aparecen en escena, nos recuerdan las dagas de Julio César, las navajas albaceteñas de Lorca, la navaja tripera de Carmen, el *xiphos* de Aquiles, la ropera de don Juan o las bastardas del Cid y, en fin, una larga tradición que, a fuerza de consenso, se convierte en algo superior y convencional. Es decir, más que simples signos lingüísticos, ascienden por mérito propio a la categoría cultural de símbolos, como veremos adelante. Nuestro objetivo general será, pues, determinar si la mención concreta de un arma excede su tratamiento de signo de primer grado y asciende al de un símbolo; para ello, nuestros objetivos específicos consistirán en:

1. Detectar dónde, cómo y con qué intención aparecen estos elementos dentro de un corpus establecido.
2. Determinar si su presencia se reduce a una mera enunciación a título escenográfico o si, por el contrario, posee un segundo nivel de significación y representa algo más que lo que una simple lectura semántica nos revela.
3. En caso de ser así, interpretar qué información útil pueden aportar para leer con un mayor horizonte de comprensión dichos textos, incluyendo la posibilidad de que la relación entre un arma y un personaje dado sirva como referente para caracterizar a dicho personaje o, dicho de otro modo, si es verdad que “por sus armas los conoceréis”.

Para alcanzar estos objetivos, en primer lugar, limitaremos nuestro campo de estudio a un corpus restringido. En segundo término, fundamentaremos teóricamente nuestras categorías conceptuales para lograr una discriminación comprensiva de los objetos de estudio. A continuación, definiremos concisamente cuáles serán los términos objeto de estudio. Posteriormente localizaremos su aparición dentro del corpus abarcado para, finalmente, interpretar su uso y obtener las posibles respuestas a nuestras preguntas problema.

En estos términos, cabe señalar que, dada la dimensión de la obra de Borges, hacer este estudio extensivo sería una labor propia de un trabajo mayor que el presente. Por ello, es preciso delimitar nuestro universo de estudio, el cual será específicamente el de los relatos que componen algunos de sus libros más representativos, concretamente: *El Aleph*, *Ficciones* y *El informe de Brodie*. Tampoco abarcaremos toda posible comprensión semántica existente en dichos textos, por lo que descartaremos los usos metafóricos. Para ello, es imprescindible discernir entre los conceptos del símbolo y de la metáfora, donde ésta es una “comparación abreviada y elíptica (sin el verbo) [...] fundada en una relación de semejanza entre los significados de las palabras que en ella participan” (Beristáin, 1995: 308); es decir, implica una transferencia de significado, tornándose un signo usado con un sentido que literalmente no le corresponde. Para que un signo tome las características de una metáfora el lector debe ser plenamente consciente de las semejanzas y diferencias de los dos referentes que la constituyen.

Más compleja es la diferencia entre signo y símbolo. Considerando la nutrida teoría respecto a la relación entre ambos, que nos lleva desde Freud hasta Ricoeur, pasando por Peirce y Lacan, nos decantamos por la comprensión a la que llega Cassirer (2016), quien, haciendo una extensiva revisión, concluye que

Los símbolos, en el sentido propio de esta palabra, no pueden ser reducidos a meras señales. Señales [es decir, signos] y símbolos corresponden a dos universos diferentes del discurso: una señal es una parte del mundo físico del ser; un símbolo es una parte del mundo humano del sentido. Las señales son “operadores”; los símbolos son “designadores”. Las señales, aun siendo entendidas y utilizadas como tales, poseen, no obstante, una especie de ser físico o sustancial; los símbolos poseen únicamente un valor funcional. (32)

O, en términos más simples, recordando la analogía de Manuel Antonio Arango (1998), “el signo es una clase de espejo que refleja nuestra capacidad de conocimiento, mientras que el símbolo es una imagen, la cual permite a la mente y al espíritu romper los límites ordinarios para percibir la realidad de manera absoluta” (29-30). Es decir, el símbolo se percibiría de una forma más intensa y quizá menos racionalizada que el signo: mientras que el signo se comprende de manera directa, el símbolo requiere una interpretación cultural. A este respecto, Saussure (1963) señala que, a diferencia del signo, “Tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre significante y significado. El símbolo de la justicia, balanza, no podría ser reemplazado por otro objeto cualquiera, un carro, por ejemplo” (131).

Por otra parte, en Borges, un cuchillo en mano de un gaucho, en primera instancia, no parece ser más que un accesorio, pero éstos, según Kowzan (1997),

constituyen, por muchas razones, un sistema autónomo de signos [...] “el hábito hace al monje” transforma al señor Martínez (personaje principal) o al señor Pérez (personaje secundario), en marajá indio o en pordiosero parisino, en patricio de la Roma clásica o en capitán de navío, en cura o en cocinero [...] expresa la pertenencia a una clase social [...] determina con frecuencia una personalidad heroica o contemporánea [...] puede expresar toda clase de matices, como la situación material del personaje, sus gustos, ciertos rasgos de carácter [...] y se asocia con frecuencia a signos de otros sistemas. En algunas tradiciones, fijados por convenciones muy rigurosas, se convierten en signos de tipos inmutables que se repiten de obra en obra y de generación en generación. (137-138)

Ahora bien, estudiar este fenómeno, abarcando todas las posibles armas mencionadas en el corpus, resultaría demasiado largo, por lo cual nos restringiremos a algunos de los referentes más interesantes en su obra, a saber: la espada, el sable, la daga, el puñal y el cuchillo.

Nuestra acotación no termina aquí, pues es necesario precisar qué entendemos por cada uno de estos referentes. En este punto, cabe hacer una determinación mínima y pertinente respecto a la morfología general de las armas de las que tratamos. Entenderemos por *espada* el arma blanca de hoja recta y larga (arriba de los 50 centímetros, que es lo mínimo registrado en ejemplares del tipo *xiphos*, que son de las más cortas reportadas arqueológicamente [Fernández Martínez y Álvarez Jurado-

Figuroa, 2016: 39]), que puede tener distintas guarniciones y pesos, filo simple o doble y punta aguda, propia de los cuerpos de infantería o de uso civil. Entendemos por *sable* el “arma de acero, corva y de un solo corte, usada (originalmente) por los pueblos de Oriente, desde la más remota antigüedad” (Leguina, 1912: 773) —es decir, la que posee una hoja larga y curva, filo por el lado de la curva exterior y punta, propia de los cuerpos militares—. Entenderemos por *daga* “la derivada de la espada corta de los pueblos primitivos [...], simplemente una transformación del cuchillo de la edad de piedra, sustituido en la de bronce por la espada corta y en la de hierro por el *scrama sax*, [...] tiene dos pies castellanos” (Leguina, 1912: 300-301). En este estudio, será el arma corta (menor a 50 centímetros de largo), con punta aguda y doble filo. Entenderemos como *puñal* “[el] arma ofensiva, corta, llamada en Alemania desmallador, atacador, baraustador, baraustaró, secreto, etc. [...] en el siglo xv se llevaban en la vaina de las espadas, y algunas hojas tenían ciertas cavidades que se cree estaban destinadas á contener venenos [...] que la cuchilla de ellos sea de un palmo é no más” (Leguina, 1912: 732) —es decir, aquellas piezas de hoja ancha, de longitud menor a 20 centímetros (según la estandarización española), concebida como arma ocultable, de uso primordialmente civil—. Entenderemos el término *cuchillo* como aquel “instrumento para cortar formado por una hoja de metal de un corte solo y con mango” (RAE, 2020: s. v. *cuchillo*) —es decir, la pieza corta, de perfil asimétrico y filo por el borde inferior, destinada fundamentalmente a ser usada como herramienta—. Cuando procedemos a localizar sus referencias en nuestro corpus, notamos que son numerosas; en ocasiones abordan la mera referencialidad a la que aluden, tal como en las primeras líneas de “Juan Muraña”, en *El informe de Brodie*: “Palermo del *cuchillo* y de la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas” (Borges, 1974: 101; énfasis agregado).

Estos elementos, que se van a repetir con insistencia, parecen adquirir, por su focalización e iteración, significados adicionales a su mera referencia material. Incluso podrían contenerse en un paradigma como el que propone Kowzan (1997) cuando plantea que

Además de la referencialidad directa, por supuesto, todo elemento puede adquirir un significado adicional, siempre que desempeñe un papel especial, independientemente de las funciones semiológicas. Por ejemplo, un bastón es un elemento indispensable del traje de un dandy en las comedias de Musset; sin embargo, olvidado en el tocador de una dama cortejada, se convierte en un acce-

sorio de graves consecuencias [...] si no significan más que objetos presentes en la vida, son signos artificiales de tales objetos, signos en primer grado. Además de esta función elemental, pueden, sin embargo, expresar el lugar, el momento, una circunstancia cualquiera en relación a los personajes que los usan (profesión, gusto, intención), y este sería su significado en segundo grado [...] la sierra o el hacha son signos de un leñador. No obstante, hay casos en que los accesorios pueden alcanzar un valor semiológico de grado más elevado. La gaviota disecada, accesorio en la obra de Chejov, es el signo, en primer grado, de una gaviota muerta recientemente; la misma gaviota es el signo, en un segundo grado de una idea abstracta (aspiración frustrada de libertad), que es a la vez signo de los estados de ánimo de los personajes de la obra. Para ser más exactos, diremos que el significado de signo en primer grado se vincula al significado del signo en segundo grado, y éste se vincula al significado de tercer grado, y así sucesivamente (fenómeno de connotación). (137-138)

Esta definición del valor semántico de signo de Kowzan nos acerca ya al problema que nos ocupa, dado que las armas son propiamente parte de los atributos de un determinado personaje (o conjunto de personajes) y, a la vez, éste es caracterizado por ellas. En ocasiones, puede ser un elemento arrancado al ámbito del trabajo, como el machete; es decir, es un útil, una herramienta que se convierte, en virtud de una situación diegética muy específica, en un arma, hasta cierto punto, improvisada.

Siguiendo esta línea de trabajo, notaremos que dentro de los relatos que conforman nuestro corpus, no todos los referentes a las armas en la literatura de Borges —y aun diríamos que los menos— se refieren a dichos objetos como simples sustantivos comunes, ni siquiera como accesorios, pues, por lo general, subyace una causa profunda que lo lleva a incluirlos en su discurso, y no de manera gratuita, pues podemos encontrar algunos ejemplos de una complejidad que rebasa la mera caracterización. Entre estos ejemplos resaltan dos, ambos contenidos en *El informe de Brodie*, con los que introduciremos un análisis más fino: “El encuentro” y “Juan Muraña”. “El encuentro” es el relato que cuenta cómo, al calor de las copas, dos personajes, Uriarte y Duncan, quienes jamás en su vida habían combatido, se batan, sin un motivo aparentemente válido, en un duelo criollo, a resultas del cual Duncan fallece. Tiempo después, se sabe que las armas que usaron pertenecieron originalmente a dos gauchos, llamados Juan Almanza y Juan Almada, quienes se odiaban, pero murieron antes de llegar a batirse, por lo cual, el narrador concluye que “las armas, no los hombres, pelearon [porque] En su hierro dormía y acechaba un rencor humano” (Borges, 1974:

1043). Por su parte, “Juan Muraña” es la historia del cuchillero Juan Muraña Trápani y de Florentina, su esposa: el primero desaparece un día de manera misteriosa; tras esto, la mujer aparentemente enloquece y comienza a ser asediada por sus deudores, principalmente por su casero, quien amenaza con echarla a la calle, cosa que no ocurre porque el usurero es hallado muerto, cosido a puñaladas. El relato cierra cuando Florentina revela que fue Juan quien los había salvado y, cuando el niño protesta sobre los diez años que llevaba muerto Juan, Florentina abre un cajón, saca un puñal y responde:

—Aquí lo tenés. Yo sabía que nunca iba a dejarme. En la tierra no ha habido un hombre como él. No le dio al gringo ni un respiro.

[...] La daga era Muraña, era el muerto que ella seguía adorando. [...] En la historia de esa mujer que se quedó sola y que confunde a su hombre, a su tigre, con esa cosa cruel que le ha dejado, el arma de sus hechos, creo entrever un símbolo o muchos símbolos. Juan Muraña fue un hombre que pisó mis calles familiares, que supo lo que saben los hombres, que conoció el sabor de la muerte y que fue después un cuchillo y ahora la memoria de un cuchillo y mañana el olvido, el común olvido. (Borges, 1974: 1046)

Como podemos apreciar, ambos textos comparten un factor común que de inmediato salta a la vista: en ellos, el cuchillo, el arma, no es un mero instrumento o una herramienta de trabajo, inerte y estática. En ambos relatos el arma rebasa la condición de objeto, de motivo, y se convierte en un elemento dinámico, con iniciativa y voluntad propias.

Es verdad que en los relatos citados arriba las armas se utilizan en un nivel metafórico (sinecdóquico, para ser más precisos), en tanto que se toma la parte por el todo —el arma por el hombre—, aunque, si somos cuidadosos con la interpretación, en realidad descubrimos que Borges va más lejos y hace que, en estos relatos, el arma suplante al hombre —que el arma *sea* el hombre—. Pero en esta inteligencia, si un arma es un hombre, entonces distintos tipos de armas deberán representar distintos tipos de hombres, distintas intenciones en su mención, distintos personajes en su caracterización y, por lo tanto, distintas lecturas también en su decodificación como símbolos complejos. Veamos, pues, cómo aplica nuestro marco teórico sobre ejemplos directos.

Espadas

En principio, es conveniente recordar que, respecto al sentido simbólico de la espada, Cirlot (1997) afirma que la espada

es un símbolo de conjunción, especialmente cuando adopta —en la Edad Media— la forma de la cruz. La espada, entre muchos pueblos primitivos, recibía una veneración especial. Los eseitas sacrificaban anualmente varios caballos a una hoja de espada, a la que conceptuaban *representación del dios de la guerra*. [...] En sentido primario, es un símbolo simultáneo de la herida y del poder de herir y por ello un *signo de libertad y de fuerza* [...] pero también *de exterminación física y de decisión psíquica*. Por ello se comprende que, durante la Edad Media, se considerara símbolo preferente del espíritu o de la palabra de Dios, recibiendo un nombre como si se tratara de un ser vivo (Balminga, de Sigfrido; Escalibur, del rey Arturo; Durandal, de Rolando; Joyosa, de Carlomagno, etc.). [...] No hay duda de que un componente sociológico entra en la constitución de este símbolo, por ser la espada *instrumento reservado al caballero, defensor de las fuerzas de la luz contra las tinieblas*. Pero es el caso que, en las fronteras de la época prehistórica y el folklore, la espada tiene un similar sentido espiritual y una *misión mágica al combatir las fuerzas oscuras personificadas en los “muertos malévolos”*, por lo que figura siempre en las danzas apotropaicas. Asociada al fuego y a la llama, por su forma y por su resplandor, *su empleo constituye una purificación*. [...] Evola insiste en la relación de la espada con Marte, con la verticalidad y la horizontalidad, es decir, con la vida y la muerte. Relacionada también con el acero como dureza trascendente del espíritu dominador. En las razas germánicas, y según señaló Tito Livio, el uso de la espada no fue en ningún tiempo general, por el contrario, esta arma constituyó un *símbolo propio del elevado mando y alta jerarquía* [...]. La espada es el arma Propia y casi *exclusiva de las altas dignidades* [...]. (192-195; énfasis agregado)

En cuanto a los casos específicos encontrados en nuestro corpus, hallamos los siguientes:

- “Guayaquil” (*El informe de Brodie*):

Hay en el escritorio un retrato oval de mi bisabuelo, que militó en las guerras de la Independencia, y unas vitrinas con espadas, medallas y banderas [...]. Aquí traje mi bisabuelo esa espada, que anduvo por América. (Borges, 1974: 1064)

- “La señora mayor” (*El informe de Brodie*):

Lo primero que las visitas verían al entrar sería el óleo del prócer y, un poco más abajo y a la derecha, la espada de sus muchas batallas. Aun en las épocas de penuria se habían negado siempre a venderla y pensaban donarla al Museo Histórico. (Borges, 1974: 1051)

- “La casa de Asterión” (*El Aleph*):

El sol de la mañana reverberó en la espada de bronce. Ya no quedaba ni un vestigio de sangre. —¿Lo crearás, Ariadna? —dijo Teseo—. El minotauro apenas se defendió. (Borges, 1974: 570)

Este último ejemplo es relevante por la utilización de la espada como símbolo (que en la obra de Borges es, además, abundante), pero también como elemento que contribuirá a construir el final paradójico del relato: en este pasaje la espada es el atributo del héroe, el bien que se enfrenta al monstruo. Sin embargo, recordaremos que la espada es también el monstruo y que su significado es a menudo ambiguo. En este caso, en la perspectiva que Borges da al mito, Teseo es el héroe, pero es también el monstruo que acaba de matar a la gentil criatura que nuestro autor había retratado en la figura de Asterión, el Minotauro.

- “El hombre en el umbral” (*El Aleph*):

Me crucé con un hombre desnudo, coronado de flores amarillas, a quien todos besaban y agasajaban, y con una espada en la mano. La espada estaba sucia, porque había dado muerte a Glencairn (el corrupto juez escocés), cuyo cadáver mutilado encontré en las caballerizas del fondo. (Borges, 1974: 616)

Haciendo un análisis bajo los términos de las categorías actanciales de Propp, si identificamos a ese hombre desnudo como el héroe, el bien, la bondad, Glencairn tendría que ser el antagonista, el villano, el mal. Esta vez es menos evidente, pero al revisar el texto no nos cabe duda de que es el hombre de la espada, coronado de flores, el san Jorge, el santo y el héroe que ha liberado al pueblo del monstruo, del “corrupto juez”, en el triunfo del bien sobre el mal.

- “Tlon ukbar orbis tertius” (*Ficciones*):

Así combatieron los héroes, tranquilo el admirable corazón, violenta la espada, resignados a matar y a morir. (Borges, 1974: 178)

Éste es otro ejemplo clásico y, quizá, revelador. Demuestra hasta qué punto Borges estaba consciente del significado simbólico de la espada como atributo del héroe, sin dejar de lado que cada virtud adjudicada al arma es también una virtud adjudicable a su portador.

- “La escritura del dios” (*El Aleph*):

El éxtasis no repite sus símbolos; hay quien ha visto a Dios en un resplandor, hay quien lo ha percibido en una espada. (Borges, 1974: 598)

Ésta es otra forma clásica de comprender la simbología de la espada, como parte de la deidad, o, yendo más lejos, como la deidad misma. Es notable el contraste con el uso del vocablo *cuchillo* en este mismo texto, el cual es atribuido al indígena preso y toma todas las connotaciones de ejecutor del sacrificio, como veremos más adelante.

- “El zahir” (*El Aleph*):

Hasta fines de junio me distrajo la tarea de componer un relato fantástico. Éste encierra dos o tres perífrasis enigmáticas —en lugar de sangre pone *agua de la espada*— [...]. El narrador es un asceta que ha renunciado al trato de los hombres y vive en una suerte de páramo. [...] quizá demasiado pronto, esa vigilia tendrá fin: las estrellas le han dicho que ya se ha forjado la espada que la tronchará para siempre (Gram es el nombre de esa espada). (Borges, 1974: 592)

El fragmento anterior revela un uso semejante, pero más tradicional que el anterior: en él, la espada adquiere cierta personalidad, pero no necesariamente la de su dueño, sino que en este caso es un ente autónomo, con sus propias características. En la primera parte de este fragmento podemos observar el binomio sangre-agua, que es una figura que se repite obsesivamente a lo largo de la obra de Borges, como ocurre también en “El espejo y la máscara”, cuando nos dice que “No hay en toda la loa una sola imagen que no hayan usado los clásicos. La guerra es el hermoso tejido de hombres y el agua de la espada es la sangre” (Borges, 1995: 45-46), como si la espada tuviera un ánima, un espíritu animal y, como tal, sintiera sed y tuviera que matar para saciarla, y no con agua, pues en tanto que se fabrica como instrumento de muerte, la espada debe consumir sangre. Más adelante vemos que esta espada en particular se llama Gram, como hubo una Durandarte, una Excalibur, un arma propia para un héroe que recibe un nombre, y no sólo eso, sino que ese nombre se impone en un bautizo, un rito, en principio, destinado a los seres animados u objetos muy particulares.

- “Deutsches Réquiem” (*El Aleph*)

El mundo se moría de judaísmo y de esa enfermedad del judaísmo, que es la fe de Jesús; nosotros le enseñamos la violencia y la fe de la espada. Esa espada nos mata y somos comparables al hechicero que teje un laberinto. (Borges, 1974: 580)

Éste es uno de los pasajes más escabrosos en la prosa borgesina. Se trata de un pasaje polémico por muchas razones (entre otras, la definición de ese pronombre personal que implica al narrador con la palabra *nosotros*). Hay que destacar que ese *nosotros* sirve de sujeto para el predicado “le enseñamos (al mundo) la violencia y la fe de la espada” contrapuestas al judaísmo y a la fe de Jesús, donde la fe de la espada podría significar tanto la fe en el héroe como la fe en el monstruo, en un primer sentido. No obstante, adquiere características paradójicas cuando consideramos que la espada también simboliza la palabra de Dios y que, desde ese punto de vista espiritual virginal y moral, como hemos dicho arriba, las armas significan poderes interiores y sus virtudes son funciones del espíritu. ¿Es esto una herejía, una loa moral a Hitler, o una crítica acendrada? Como muchas cosas en Borges, quedan relativamente abiertas a la interpretación del lector en turno.

Sables

- “La señora mayor” (*El informe de Brodie*):

sus laureles corresponden al coronel Mariano Rubio. Éste, a la cabeza de un regimiento de húsares colombianos, decidió la incierta contienda de sables y de lanzas. (Borges, 1974: 1048)

- “El otro duelo” (*El informe de Brodie*):

Con el sable, un sargento marcó una raya a lo ancho del camino. A Silveira y a Cardoso les habían desatado las muñecas, para que no corrieran trabados. (Borges, 1974: 1060)

- “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz” (*Ficciones*):

la persecución duró nueve leguas, hasta los pajonales ya lóbregos, y el hombre pereció en una zanja, partido el cráneo por un sable de las guerras del Perú y del Brasil. [...] el desconocido que engendró a Cruz y que pereció en una zanja, partido el cráneo por un sable de las batallas del Perú y del Brasil. (Borges, 1974: 561-563)

En estos ejemplos el sable representa clara y arquetípicamente al ejército; por extensión, al militar: según los reglamentos aún vigentes, el sable es un arma exclusiva para el uso de los ejércitos regulares y, en el ejemplo, es la justicia castrense del régimen dominante que habrá de encargarse del protagonista; en ocasiones el contraste, con las lanzas o con el cuchillo del gaucho, por ejemplo, enfatiza dramáticamente la lucha entre ambos bandos y su condición.

Dagas

- “La intrusa” (*El informe de Brodie*):

En las habitaciones desmanteladas dormían en catres; sus lujos eran el caballo, el apero, la daga de hoja corta, el atuendo rumboso de los sábados y el alcohol pendenciero. (Borges, 1974: 1025)

- “El indigno” (*El informe de Brodie*):

Una noche la policía entró y nos palpó. [...] A los quince días la escena se repitió; esta segunda vez arrearon con Ferrari también, que tenía una daga en el cinto. (Borges, 1974: 1031)

- “El sur” (*Ficciones*):

Desde un rincón, el viejo gaucho extático, en el que Dahlmann vio una cifra del Sur (del Sur que era suyo), le tiró una daga desnuda que vino a caer a sus pies. Era como si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo. Dahlmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía a pelear. La segunda, que el arma, en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo matara. (Borges, 1974: 529)

En estos tres fragmentos se ejemplifica justo ese uso indistinto que hace Borges al referirse al instrumento de trabajo del gaucho, el facón (véase *infra*) que Borges transmuta a la categoría de daga, en estos casos, su significación correspondería más al apartado propio de los cuchillos.

- “Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto” (*El Aleph*):

Me dolió que Zaid, que era cobarde, durmiera con tanto reposo. Consideré que el tesoro no era infinito y que él podía reclamar una parte. En mi cinto estaba

la daga con empuñadura de plata; la desnudé y le atravesé la garganta. (Borges, 1974: 602)

En este caso, el referente a *daga* puede ser simplemente semántico, pero también hay que tomar en cuenta que el narrador comete un acto de felonía sin miramientos al matar a un hombre desarmado y, sobre todo, dormido, lo que nos remitirá de inmediato al simbolismo acotado como instrumentos de traición.

Puñales

- “Tema del traidor y el héroe” (*Ficciones*):

También Julio César, al encaminarse al lugar donde lo aguardaban los puñales de sus amigos, recibió un memorial que no llegó a leer. (Borges, 1974: 793)

En este ejemplo, el uso del referente *puñal* no puede ser más clásico: es el puñal como arma oscura propia de los traidores, de los más arquetípicos de la historia y de la literatura, los asesinos de Julio César.

- “El acercamiento a Almostásim” (*Ficciones*):

Su protagonista visible [...] Blasfematoriamente, descrea de la fe islámica de sus padres, pero al declinar la décima noche de la luna de muharram, se halla en el centro de un tumulto civil entre musulmanes e hindúes. [...] Un ladrillazo hindú vuela de una azotea; alguien hunde un puñal en un vientre; alguien ¿musulmán, hindú? muere y es pisoteado. (Borges, 1974: 415)

En este caso, como una resonancia del anterior, Borges nos habla de una muerte, pero no una muerte cualquiera, sino una cometida de manera subrepticia, furtiva, en una palabra, de un asesinato, cometido enfáticamente con un puñal, del asesinato de un hombre cuyo cadáver, además, será ultrajado por una multitud.

- “La muerte y la brújula” (*Ficciones*):

(El singular estilo de su muerte les pareció adecuado: Azevedo era el último representante de una generación de bandidos que sabía el manejo del puñal, pero no del revólver). (Borges, 1974: 501)

Aquí, además del referente inmediato, el puñal indica tanto un elemento de traición como de condición inferior social y moral de su poseedor y, de manera más clara, un retraso tecnológico que, en suma, nos remite a la pobreza, a un estrato social bajo y corrompido.

Cuchillos

A pesar de la determinación expuesta, en el caso de la literatura de Borges cabe señalar que su referencia a los cuchillos no cumplirá en muchos casos con las expectativas que hemos generado; la razón es muy sencilla: en los cuentos de la pampa, el cuchillo no se lleva por principio como un arma; no se trata de cuchillos de combate (aunque ciertamente acaban funcionando como tales), sino del mítico facón que

Es, en realidad, una daga; por lo tanto, tiene, filo completo y contra filo. Termina en punta al eje o fuera de éste. La hoja mide, en general más de 30 cm., lo cual lo hacía poco cómodo para sacar y para el uso como utensilio doméstico o herramienta (no como arma para la faena). / La empuñadura es fuerte, generalmente de “guampa” (asta), de bronce o, en los de lujo, de plata, con gabilán (travesaño) en s o en cruz. La vaina, de acuerdo con la calidad del arma, puede ser de suela o cuero crudo con esterillados de tiento, sin lonjear, con contera y pasadores y oreja (gancho) de bronce o plata. (Fasani, 2020: s. p.)

En resumen, es la herramienta de trabajo privativa del gaucho, necesaria para el desuelle de las reses y para un sinnúmero de actividades propias del campo argentino. Es el arma que tiene a la mano el hombre de campo, trátase de Martín Fierro o de Tadeo Isidoro Cruz. Debemos hacer notar que, en favor de una prosa tersa y cuidada, Borges acude a menudo a la sinonimia, y en esos términos suele alternar los sustantivos *cuchillo* con *daga* y *puñal*, aun cuando es evidente, a partir de ciertos contextos, que está plenamente consciente tanto de su diferencia morfológica, como de su diferencia simbólica.

- “El muerto” (*El Aleph*):

Otálora [...] asiste a un altercado entre unos troperos. Un cuchillo relumbra; Otálora no sabe de qué lado está la razón, pero lo atrae el puro sabor del peligro. (Borges, 1974: 545)

Como hemos señalado, en Borges el cuchillo representa, por una parte, al hombre que lo usa, generalmente el gaucho, el hombre de campo, el hombre pobre; por otra parte, comparte en ciertos textos y contextos la significación convencional del vocablo como arma cruel, ligada a la idea de ejecución judicial, de muerte, de venganza y de sacrificio. A menudo ambos sentidos conviven en el mismo referente. En este ejemplo concreto, el cuchillo evidencia la condición pobre de los troperos, pero también su espíritu violento, la agresividad y un sentido primitivo de la justicia. Cuando un cuchillo sale a relucir, es probable que haya un sacrificio, una muerte, una inmolación.

- “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz” (*El Aleph*):

Prófugo, hubo de guarecerse en un fachinal; noches después, el grito de un chajá le advirtió que lo había cercado la policía. Probó el cuchillo en una mata; para que no le estorbaran en la de a pie, se quitó las espuelas. Prefirió pelear a entregarse. (Borges, 1974: 562)

Aquí de nuevo se resalta la condición pobre del protagonista y su oficio de gente de campo, pero también servirá, como hemos visto, para profundizar el contraste con las armas militares (los sables) ante los cuales habrá de enfrentarse.

- “La escritura del dios” (*El Aleph*):

He perdido la cifra de los años que yazgo en la tiniebla [...]. Con el hondo cuchillo de pedernal he abierto el pecho de las víctimas y ahora no podría, sin magia, levantarme del polvo. (Borges, 1974: 596)

La función de utensilio para el sacrificio, señalada por Chevalier, como veremos adelante, no puede ser más clara que en este relato.

- “Historia de Rosendo Juárez” (*El informe de Brodie*):

Yo me había agenciado un cuchillo; tomamos para el lado del Arroyo, despacio, vigilándonos. Me llevaba unos años; había vistedo muchas veces conmigo y yo sentí que iba a achurarme. Yo iba por la derecha del callejón y él iba por la izquierda. Tropezó contra unos cascotes. Fue tropezar Garmendia y fue venírmele yo encima, casi sin haberlo pensado. Le abrí la cara de un puntazo, nos trabamos, hubo un momento en el que pudo pasar cualquier cosa y al final le di una puñalada, que fue la última. Sólo después sentí que él también me había herido, unas raspaduras. Esa noche aprendí que no es difícil matar a un hombre o que lo maten a uno. (Borges, 1974: 1035)

Por el contexto y la narración podemos ver que, además de ser signo de la condición de los personajes, representa en este caso parte de ese lado oscuro de las armas cortas, el elemento que implica traición y deshonor, en cuanto que el narrador se aprovecha de un tropezón para intentar sorprender al contrario. Más adelante: “La Lujanera me sacó el cuchillo que yo sabía cargar en la sisa y me lo puso, como fula, en la mano. Para rematarla, me dijo: —Rosendo, creo que lo estás precisando” (Borges, 1974: 1038). Aquí observamos que existen determinantes específicas, en el ámbito del relato, que coinciden con la exégesis de Chevalier (1986):

el cuchillo no se atribuye más que a divinidades terribles, entre cuyas manos aparece sobre todo como *arma cruel*, lo mismo que en la gíptica mejicana y maya. [...] El simbolismo del cuchillo va frecuentemente ligado a la idea *de ejecución judicial, de muerte, de venganza, de sacrificio* (la mano armada de Abraham en el sacrificio de Isaac). El cuchillo es el instrumento esencial de los sacrificios: Un cuchillo de hoja corta sugeriría más bien *las pulsiones sexuales instintivas del hombre*, en oposición a la hoja larga que evocaría la nobleza y la altura espiritual de quien lleva la espada. (385; énfasis agregado)

Y en este ejemplo en particular, el cuchillo es, además, la extensión física de la masculinidad del hombre, la violencia latente y una invitación, si no un desafío para que un individuo pruebe su hombría mediante la violencia. La falta de ésta, como sabemos, corresponderá un destierro ignominioso, que cierra el relato.

- “El encuentro” (*El informe de Brodie*):

Había una guitarra; mi primo, creo recordar, entonó La tapera y El gaucho de Elías Regules y unas décimas en lunfardo, en el menesteroso lunfardo de aquellos años, sobre un duelo a cuchillo en una casa de la calle Junín. [...] Por bondad o para complacer su vanidad de coleccionista, me llevó a una vitrina. Cuando prendió la lámpara, vi que contenía armas blancas. Eran cuchillos que en su manejo se habían hecho famosos. (Borges, 1974: 1039-1040)

Una vez más, se trata de un motivo típico de la gauchedad y el enfrentamiento de dos hombres, probablemente como una forma de ordalía. Ya hemos analizado arriba, por sus consecuencias narrativas y estéticas, el duelo entre los dos protagonistas; sin embargo, vale la pena recordar una frase casi al final del relato: “Resolvieron mentir lo menos posible y elevar el duelo a cuchillo a un duelo con espadas” (Borges, 1974: 1042). De lo anterior, podemos colegir fácilmente que la legislación imponía distintas penas discriminando entre uno y otro caso. La razón es sencilla: además de que el cuchillo legalmente fue considerado por mucho tiempo como arma de asesinos, también era sabido en términos jurídicos que el arma caracteriza al hombre que la usa: el cuchillo propio de gente baja, la espada propia de la gente socialmente acomodada, a la que la ley no podía tratar de la misma manera.

- “El fin” (*Ficciones*):

—Por lo menos a mí —dijo el forastero y añadió como si pensara en voz alta—: Mi destino ha querido que yo matara y ahora, otra vez, me pone el cuchillo en la mano. (Borges, 1974: 520)

Este ejemplo es relevante porque aquí, una vez más, el cuchillo es símbolo de sacrificio, de muerte, de violencia. Basta su presencia, acontecida de forma casi accidental, en la mano del personaje, para que se dé ya como un hecho la muerte, cifrada por el destino que le ha llevado el arma. Al menos en el contexto precedente, la hoja es ajena y superior a la voluntad del hombre, justo como ocurre en la más representativa manifestación de esta índole: el relato “El sur”.

En “El sur”, cada personaje, al tomar el arma, casi sin intervención de su voluntad (como si fuerzas superiores operaran, rebasando su capacidad de libre albedrío), el protagonista asume un destino que implica necesariamente un hecho de sangre (de

manera semejante a lo que pasa en “El encuentro”). De nuevo vemos que un arma significa mucho más que un mero accesorio o un instrumento de trabajo, incluso más que una convención literaria, y acaba por convertirse en un motivo recurrente; en muchos casos, multifuncional. De este modo, el cuchillo, en el contexto borgesiano, puede ser el monstruo cruel del sacrificio, pero acorde con el contexto, más comúnmente, es el arma de los pobres, de los de abajo —de esos hombres duros que hemos conocido, a través de una larga tradición literaria, como gauchos.

Tomando una perspectiva general, recordamos, como Chevalier y Cirlot ya habían señalado respecto a las armas, que son susceptibles de transformarse en símbolos, puesto que

El arma es el oponente del Monstruo, que a su vez se convierte en monstruo. Forjada para luchar contra el enemigo, puede ser desviada de su objetivo y servir para dominar al amigo, o simplemente al otro. [...] La ambigüedad del arma reside en simbolizar al mismo tiempo el instrumento de la justicia y el de la opresión, la defensa y la conquista. En toda hipótesis, el arma materializa la voluntad dirigida hacia un objetivo. [...] Por ejemplo, el psicoanálisis ve en la mayor parte de las armas un símbolo sexual [...]. La designación del órgano masculino es la más clara, cuando se trata de pistolas y revólveres [...] vemos la riqueza de significación que puede revestir cada arma, y el poder mágico de que está investida. El herrero fue siempre mago. El que lleva armadura se identifica con ella. [...] La simbólica cristiana utiliza estas imágenes para establecer correspondencias con el combate espiritual y elaborar una suerte de polemología mística: [...] la espada [simboliza] la palabra de Dios; desde ese punto de vista espiritual virginal y moral, las armas significan poderes interiores, y las virtudes no son sino funciones equilibradas bajo la supremacía del espíritu [...]. En el psicoanálisis jungiano, el cuchillo y el puñal corresponden a las zonas oscuras del “yo”, a lo sombrío, al lado negativo rechazado del yo; [...] la espada al “sí mismo” o “yo profundo”. (Chevalier, 1986: 140-141; énfasis agregado)

Y, como complemento, la interpretación de Cirlot (1997):

En el complejo simbólico del héroe y de su lucha, las armas son, en cierto modo el oponente a los monstruos; *la diversidad de unas corresponde a la diversidad*

de los otros. Por ello, el arma empleada en los combates míticos posee una significación profunda y determinada: caracteriza tanto al héroe que la utiliza como al enemigo que este debe destruir. [...] (En mitos, leyendas medievales y cuentos folklóricos, las armas suelen aparecer en circunstancias milagrosas), el hombre debe combatir la exaltación de sus deseos irracionales, el monstruo seductor, sirviendo así las finalidades superiores de la especie y del espíritu. Las armas simbolizan, pues, las funciones y fuerzas de espiritualización y sublimación, al modo como los monstruos representan la exaltación de lo inferior. Como decimos, en mitos y leyendas se exalta el poder, para así decirlo autónomo, de las armas, objetos y atributos de los grandes héroes, santos o semidioses, como el olifante de Rolando, el martillo de Thor [...] Otra connotación proviene de la pertenencia común de las armas [...] la espada pertenece al caballero; el cuchillo y el puñal son armas ocultas, innobles hasta cierto punto [...]. Estableciendo un paralelismo entre la jerarquía de las armas y los arquetipos jungianos, componentes de la vida anímica personal, podríamos establecer las asimilaciones siguientes: Sombra (cuchillo, puñal) [...] Sí mismo (espada). Por estas identificaciones puede Schrieider afirmar que [...] hay una determinación específica de la espada como “arma de salvación” [...]. (82-83; énfasis agregado)

Como es fácil inferir, estos signos rebasan ya la definición de la metáfora y del signo convencional, es decir, el mero significante de un referente material. Las evidencias apuntan a que nos hallamos ya frente a las armas (espadas, sables, dagas, puñales, cuchillos) en su manifestación de símbolos.

De la exposición anterior, extraemos varias conclusiones: que el arma, en general, al ser la que acaba con el monstruo, pero también el monstruo, posee la posibilidad de un valor ambiguo, positivo o negativo (que se transmite a su poseedor), dependiendo de su tipología, del contexto en que se inserte y, tal vez, del lector que interprete el texto; que cada arma posee un poder interior unido a su poseedor, quien ascenderá por su virtud a la categoría de héroe (o de monstruo); que armas distintas representan un tipo de personaje específico al cual caracteriza. Debido a esto, la espada es un arma de valor ambiguo, aunque generalmente positivo, propiedad del héroe, del santo y del semidiós, que es, en efecto, el héroe, pero también el monstruo. El sable (al menos en los ejemplos localizados) siempre está referido al poder militar; el puñal se correlaciona con la traición y la ignominia; y la daga, usada como sinónimo del cuchillo, se adhieren al gaucho y al hombre pobre, al pueblo, pero, cuando es

usada como sinónimo del puñal, se vuelve un arma oscura e innoble, propia para el traidor y la traición.

En la narrativa de Borges, las armas aparecen orientadas a menudo en la dirección del símbolo: de cólera, de posibilidad de muerte —como señala González (2001)—, de venganza, de martirio y de sacrificio. Vamos más lejos: estos elementos pueden ser considerados como formas dinámicas organizadoras de otros signos en algunos textos de nuestro autor. En esta limitada revisión del motivo de las armas en la obra de Jorge Luis Borges, podemos constatar que, más allá del tema, la época o el ambiente general que traten, existe una constante: Borges usa sistemáticamente este motivo con pleno conocimiento de causa, y conoce sus significados profundos. Observamos que el autor distingue de manera significativa a qué clase de armas se recurre en cada ocasión y, en virtud de ello, pasan de ser simples elementos referenciales para integrarse al lenguaje poético del autor. Borges dota a cada tipología armígera con un significado que tiende a convertirse en una convención, conforme futuros estudios detecten más ejemplos que confirmen la tendencia, probablemente reconocible en textos distintos de los aquí analizados. La atención sobre este particular puede ser de ayuda en la caracterización de ciertos personajes y la manifestación de sus atributos (incluso morales).

En un primer momento hubiéramos pensado que estos signos han pasado a ser representación ya no de un objeto, sino de un personaje, es decir, prosopopeyas con una gran carga significativa. Sin embargo, en estos relatos, las armas se humanizan más allá de la retórica ornamental, al punto que adquieren conciencia, sentimientos, toman decisiones y, finalmente, provocan determinadas acciones del relato, a menudo importantes, para elevarse con ello a la categoría cabal de personajes. Es decir, en estos especímenes (y en otros, pero con éstos se alcanza a intuir su mecanismo) el arma es algo más, incluso, que la sinécdoque del hombre: el arma es el hombre mismo que la ha poseído (y quizá también viceversa). Cabe señalar, a modo de conclusión, que, en consecuencia, la atención del investigador sobre estos elementos le brindará nuevas herramientas para internarse en el tejido más fino de su literatura, ente de naturaleza violenta que no prescinde, ni en su vertiente cosmopolitista, de la pasión y la reverencia ante estos relevantes objetos de muerte y de heroísmo.

Referencias bibliográficas

- ARANGO, Manuel Antonio. (1998). *Símbolo y simbología en la obra de Federico García Lorca*. Fundamentos.
- BERISTÁIN, Helena. (1995). *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa.
- BORGES, Jorge Luis. (1974). *Obras completas 1923-1972*. Emecé.
- BORGES, Jorge Luis. (1995). *Obras completas*, Tomo III. Emecé.
- CASSIRER, Ernst. (2016). *Antropología filosófica: Introducción a una filosofía de la cultura*. Fondo de Cultura Económica.
- CHEVALIER, Jean. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Herder.
- CIRLOT, Juan Eduardo. (1997). *Diccionario de símbolos*. Siruela.
- FASANI, Christian. (2020). “No imagino un gaucho sin cuchillo” (en línea). *El Agrario. Diario Digital del Campo Argentino*, Actualidad. Recuperado el 14 de julio de 2020 de <https://www.elagrario.com/actualidad-no-imagino-un-gaucho-sin-cuchillo-9745.html>
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Agustín; ÁLVAREZ JURADO-FIGUEROA, Mercedes. (2016). “Las espadas de hierro de la necrópolis de Son Pellisser; avance preliminar”. *Gladius*, 36, 33-47. <https://doi.org/10.3989/gladius.2016.0002>
- GONZÁLEZ, Aurelio. (2001). “El caballo y la pistola: motivos en el corrido”. *Revista de literaturas populares*, (1), 94-114. <http://rlp.culturaspopulares.org/textcit.php?textdisplay=210>
- KOWZAN, Tadeusz. (1997). *El signo del teatro*. Arco.
- LEGUINA, Enrique. (1912). *Diccionario de voces de armería*. Librería de Felipe Rodríguez.
- RAE (Real Academia Española). (2020). *Diccionario de la lengua española* (en línea). Recuperado el 15 de julio de 2020 de <https://dle.rae.es/cuchillo>
- SAUSSURE, Ferdinand de. (1963). *Curso de lingüística general*. Losada.